

"BOHEMIA" CONTESTA POR CHIBÁS

AURELIANO Sánchez Arango, que dejó una estela de incapacidad y ridículo por su reciente aventura "revolucionaria", desenvuelta entre las comodidades de un palacete refrigerado y la seguridad de una embajada, ha tenido la avilantez de dedicar una entrevista, celebrada recientemente en Panamá, a la tarea infame y cobarde de calumniar a los muertos. El frustrado "fuehrer" tropical, la mezcla más prodigiosa de mala intención y trastorno mental de su generación, sigue volcando sobre la limpia y vertical figura de Chibás —revolucionario de primera fila, pionero incansable de movimientos cívicos, que jamás dió la espalda al enemigo— el mismo chorro de inmundicias que vertió sobre él en vida, sin poder mancharlo.

Las bajezas que el capitán Araña de la hipotética resistencia de la Triple A ha acumulado en la revista panameña "Siete" no son una novedad para el público de Cuba. No vale la pena referirse a ellas. Lo que hay que destacar es su valor de síntoma. He aquí a un pretendido líder revolucionario, que apenas ha logrado ponerse a salvo en el extranjero, dejando gravemente comprometidas a diversas personas con testimonios documentales de su propia mano, no tiene el pudor y la responsabilidad de emplear el tiempo en enfrentarse a su conciencia con ánimo de repasar sus culpas y reparar sus errores. En lugar de esto, el megalómano Sánchez Arango, perennemente satisfecho de sí mismo, incapaz de aprender de experiencia alguna ni de rectificar una falta, intenta justificarse vilipendiando a otros. Y no halla modo mejor de sepultar su fracaso como hombre y como político que levantando sobre él una columna de fango con el nombre de Chibás, que fué, en todo y por todo, su reverso moral.

Y no vuelca sus condenaciones sobre el gobierno del cual se autotitula el principal adversario. El escarnio hecho a las instituciones desde la madrugada del 10 de marzo de 1952 y las agresiones sistemáticas a la ciudadanía, males actuales, no le parecen a Sánchez Arango motivos sobrados de preocupación, sino el amargo re-



cuerdo de su controversia con Chibás, en la que puso todo el veneno de su temperamento resentido, ambicioso y egoísta.

Chibás no necesita que BOHEMIA lo defiendan. Pertenece a la historia de Cuba en lo que esta tiene de más puro y orientador. El pueblo sabe bien dónde poner —donde ha puesto ya— al combatiente de la honestidad y a los que fueron sus enemigos en vida y lo siguen siendo después de

muerto. La trinchera de Chibás fué la de la honradez; de ahí que los ladrones de la cosa pública, cuando lo recuerdan, sientan escozor en el ánimo y traten de quitarse el lodo que los mancha, vertiéndolo sobre la memoria del gran cubano desaparecido. Tampoco las despreciables imputaciones, muy propias del que las hace, tendrían la menor importancia si no fuera por lo que vale para esta revista, su compañera de lucha en vida, el recuerdo de Eduardo R. Chibás, quien nunca rehuyó un combate ni dejó de responder a una cita. Lo sabe Aureliano Sánchez Arango, que tras un reto público, hizo rodear el hemiciclo del ministerio de Educación de cadenas y agentes policiales para bloquearle el paso.

Pero es un rasgo de inverosímil cobardía calumniar a un muerto, que ya no puede defenderse. Por eso BOHEMIA responde por Chibás y afirma que Sánchez Arango —al que las autoridades dieron todas las facilidades, para salir del país después del servicio que les prestara abandonándoles en una maleta "la novela de la insurrección"— no tiene derecho a copiar, como lo hace, la propaganda del régimen que dice combatir, achacándole a la prédica y a la acción depuradoras de Chibás la responsabilidad del golpe militar. Esta doble circunstancia: la paletada de fango sobre un cadáver ilustre y el favor prestado a la dictadura permiten medir la degeneración moral y mental del desertor político en que se ha convertido el ex ministro de Educación.

La réplica condigna a las injurias de Sánchez Arango cabía buscarla en la evocación de aquel espectáculo, sin precedente en la República, de un pueblo silencioso y conmovido, desfilando entre lágrimas detrás del cadáver de su líder. Siempre hay flores frescas en la tumba de Eduardo R. Chibás; flores que colocan, piadosamente, manos anónimas de hombres y mujeres humildes. Muchos años después que el nombre de su torpe difamador haya desaparecido en el olvido, el nombre de Chibás se mantendrá vigente, por derecho propio, al lado de los grandes de la patria.